

80 ANIVERSARIO DE LA PROCLAMACIÓN DE NUESTRA SEÑORA DE LA CARIDAD DEL COBRE COMO PATRONA DE CUBA

El Cobre, 8 de septiembre de 1996

Queridos hermanos y hermanas:

Los cubanos de todo el país nos reunimos hoy en nuestras iglesias de la ciudad y del campo, en casas de familia, donde se agrupan a rezar muchos católicos que no tienen un templo cercano a sus viviendas y también en numerosos hogares que adornan tradicionalmente con flores y velas la bendita imagen de la Virgen Santísima tan querida al corazón del cubano, venerada siempre en esta Basílica y de modo especial en esta fecha.

Sí, hoy es la fiesta de la Virgen de la Caridad de El Cobre, Patrona de Cuba, gloria y orgullo de nuestro pueblo.

No todos tienen el privilegio de venir aquí, a los pies de la Madre de todos los cubanos para decirle su amor; pero cuantos llenamos este santo lugar nos sentimos y nos sabemos hoy portadores de una oración por Cuba de parte de nuestros hermanos de todo el país, desde el extremo de Pinar del Río, hasta Baracoa y Maisí.

Porque en la oración del cubano habrá hoy, junto a la súplica personal a la Madre, que nace de lo hondo del corazón, un recuerdo especial de la Patria. Cuba está siempre donde está la Virgen de la Caridad, porque ella entra de lleno en nuestra historia nacional desde sus inicios y se fue convirtiendo ininterrumpidamente en lo que llegó a ser cuando nos independizamos del poder español, y aun antes, en un símbolo de la nación cubana.

La Virgen María, con su dulce título de Nuestra Señora de la Caridad de El Cobre, ha cumplido y cumple en favor de nuestro pueblo el querer de Dios para con ella. Cuando el ángel le anunció a María, de parte del mismo Dios, que sería la Madre del Salvador de los hombres, la Virgen aceptó y se puso a la total disposición del creador: «Aquí está la servidora del Señor, hágase en mí según tu Palabra». Y el «Hijo de Dios se hizo carne» en su seno virginal y «habitó entre nosotros».

Ser la Madre de Jesucristo Salvador llevaba consigo algo más que darle amor de Madre al Mesías de Dios; debía también acompañar al Hijo en su misión. Difícil misión la de Él, ser redentor del hombre, que no comprende muchas veces lo que conduce a su propia salvación; que en muchas ocasiones parece no desear que hagan nada por él. Tanto es así que Jesucristo, que pasó por este mundo haciendo el bien, curando a los enfermos, perdonando a los pecadores, predicando el amor y la misericordia, fue tratado como un malhechor, insultado y torturado hasta la Cruz, donde entregó la vida por nosotros.

¿Sabía la Virgen María, cuando respondió a Dios, que estaba dispuesta a ser la madre del Salvador, que acompañar a su hijo en la misión de rescatar a la humanidad del pecado y del mal le traería tantos dolores? Pero ¿acaso ser madre no es siempre una gran alegría, unida a una inmensa cadena de pequeños y grandes sufrimientos presentidos y aceptados de antemano?

En el Santo Evangelio que hoy se ha proclamado, la Madre está junto al Hijo en un momento de gozo y amistad compartida: es la celebración de unas bodas en el pueblo

de Caná. Todos festejan y falta el vino. La Virgen María está allí acompañando al hijo bendito que hará su primer milagro público a petición de la Madre, iniciando así su misión, al mismo tiempo que indica, por la abundancia y la calidad del agua convertida en vino, que para todos es una alegría grande que Dios haya enviado a su hijo al mundo y esté entre nosotros. Pero en las bodas de Caná no solo se nos revela la misión del Hijo, Jesucristo; se nos descubre también la misión de la Virgen Madre. Ella acompaña al Hijo y le suplica que obre el milagro, pero en esa misma acción se muestra también acompañando al pueblo, al pueblo que no tiene lo indispensable para su fiesta y a quien Jesús favorecerá a una simple indicación de ella.

Esa fue la doble misión que le encomendó Dios a María cuando la escogió por Madre de su Hijo eterno: estar cercana como nadie a Jesús por el amor y estar cercana a los hombres con corazón de Madre. Y esto último lo ratifica Nuestro Señor Jesucristo desde lo alto de la Cruz cuando le dice, refiriéndose al discípulo amado: «*Madre, ahí tienes a tu Hijo*». Desde aquel día, dice el Evangelio, el discípulo la acogió en su casa.

También nosotros cumplimos la última disposición de Jesús y acogemos a María de la Caridad en nuestros hogares cubanos. Como en aquella fiesta de bodas, la Virgen María ha cumplido en Cuba, bajo su título hermoso de Virgen de la Caridad, la misión de acompañar al pueblo cubano y de rogarle a su Hijo Jesús por sus necesidades. Para esto fue escogida por Dios.

Como en las bodas de Caná, Ella se vuelve hoy hacia nosotros cubanos y nos dice: «Hagan lo que Él les diga». «Hagan lo que mi Hijo Jesucristo ha dicho y enseñado, tengan confianza en Él, no se aparten nunca de sus caminos». Y cada uno de nosotros está aquí para cumplir el deseo de la Madre y decirle a Dios: «Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad».

Porque la religión verdadera es la que sabe unir al afecto del corazón, que agradece y suplica en la oración, la acción concreta, la palabra adecuada y aun el sacrificio, que demuestran juntos que el creyente en Jesucristo no es solo aquel que le dice Señor, Señor, sino el que hace lo que Él nos dice.

Recientemente, la prensa nacional cubana publicaba, como parte de un análisis político, social y económico sobre la situación actual en nuestro país, hecho en altas instancias del Estado, una opinión sobre la fe religiosa en esta hora de nuestra historia. Ese estudio se revela interesante porque contiene elementos nuevos que debemos considerar.

Enumera dicho análisis las características de una fe religiosa para que esta sea verdadera y no constituya un motivo de preocupación para la sociedad y afirma que «los principios religiosos» deben ser «no solo formalmente sostenidos, sino consecuentemente observados en el comportamiento personal y social».

Queridos hermanos y hermanas: el esfuerzo de la Iglesia en su predicación, aquí en Cuba, como en cualquier parte del mundo, es para que cada cristiano católico sea consecuente en su vida diaria, en su hogar, en su trabajo, en su medio laboral o estudiantil, con la fe que profesa. No puede darse el testimonio válido de un seguidor de Jesucristo en quien acepta una fractura, un desnivel abismal entre su fe y su vida.

Esta fidelidad activa cuesta mucho a todo cristiano en cualquier país del mundo y constituye un desafío para su propia realización personal, familiar y social. No

olvidemos que la debilidad humana nos acompaña siempre. Pero el católico cubano, miembro activo de la Iglesia, comprometido con Jesucristo, que reconoce las exigencias concretas del evangelio, se ha enfrentado en estos años a dificultades provenientes del ámbito político-social que se añaden a los límites humanos y materiales y entorpecen su acción propia en la sociedad y aun en el seno de su familia.

Ha habido en nuestros medios políticos un modo de concebir la fe religiosa como un asunto meramente individual que concedía a cada cubano el derecho al culto religioso de su preferencia y muy poco más. Parecía que todo lo que se saliera del marco de la práctica de ciertas ceremonias religiosas en los templos estaba desautorizado o no era bien visto. Así, cuando hace aproximadamente cinco años la Iglesia en Cuba creaba el servicio de asistencia humanitaria llamado «CARITAS», surgieron sospechas y se fijaron límites a menudo excesivos para su acción social. Nosotros sabemos que ayudar al necesitado, sea quien sea, es un mandato de Jesús... «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, desnudo y te vestimos, enfermo o en la cárcel y te visitamos?»... «Cada vez que lo hicieron con uno de esos pobres, conmigo lo hicieron».

Por eso aprendimos en el catecismo, desde niños, las obras de misericordia:
dar de comer al hambriento,
de beber al sediento,
vestir al que va desnudo,
albergar al que no tiene techo,
visitar al enfermo y al preso...

Si nosotros no hacemos al menos algo de lo que está en nuestras manos por aliviar esos males, si no buscamos modos para poder cumplir con este deber, sentimos que la vida nuestra no es consecuente con las palabras que dicen nuestros labios, ni con la fe que profesamos; pues la fe cristiana nos envía siempre al otro: «quien no ama a su prójimo, a quien ve, no ama a Dios, a quien no ve», «quien dice que ama a Dios y no ama a su hermano es un mentiroso», son palabras del apóstol San Juan. «Y quien ve a su hermano en necesidad y le cierra sus entrañas, ¿cómo está en él el amor de Cristo? (1 Jn 3, 17).

Este reto del amor, del sacrificio por el prójimo, del servicio desinteresado a los necesitados, es la prueba de fuego del cristiano y de su Iglesia. Para vivir con radicalidad el mandato de Cristo, miles de hombres y mujeres han entregado sus vidas, por la consagración religiosa, al cuidado de ancianos, de enfermos, de niños abandonados. Pero no es únicamente a través de este testimonio admirable como la Iglesia cumple su misión misericordiosa. El obispo, el sacerdote y cada cristiano están obligados personalmente al servicio misericordioso del pobre en todas sus amplias necesidades y para esto la Iglesia siempre y en todo lugar ha organizado esta ayuda, que comprende el apoyo caritativo, pero también acciones encaminadas a la promoción del hombre.

Cuando no se facilita este quehacer de la Iglesia, esta se resiente en su misión. Por eso considero altamente interesante que el documento oficial a que me refería identifique la verdadera fe religiosa por una serie de categorías que son netamente cristianas, como son (y estoy citando literalmente el texto publicado): «el amor al prójimo, el desinterés, la protección al más débil o desvalido, la justicia social, las virtudes morales y ciudadanas, el amor y el sacrificio por la Patria».

Lo que resulta novedoso no es que se diga que la verdadera fe religiosa consiste en poner en práctica toda una serie de actitudes y valores que son, en esencia, lo que Jesucristo nos enseñó, porque esto lo sabemos los cristianos desde hace casi dos mil años.

Por otra parte tenemos muy presente, y sobre ello insistió mucho el Siervo de Dios Padre Félix Varela, que ni el fanatismo religioso ni la superstición ni la impiedad son capaces de formar hombres y mujeres virtuosos, desinteresados y amantes de la Patria. Solo la verdadera religión que no se reduce a ritos, que compromete la vida, es forjadora de hombres nuevos y renovadores de la sociedad.

La novedad que hace interesante para nosotros, católicos cubanos, este análisis a que me he referido, es la de reconocer abiertamente que la fe religiosa implica una misión de los cristianos, y por tanto de la Iglesia, en la familia y en la comunidad humana, misión que identifica a los creyentes como auténticos hombres y mujeres de fe.

Si se sigue la letra y el espíritu de este análisis en lo que a la fe religiosa se refiere, puede crecer la comprensión de lo que es realmente la Iglesia y cómo son los cristianos que la integran y esto contribuirá a que la Iglesia en Cuba pueda cumplir plenamente la misión que el Señor le ha confiado.

Esta súplica se la presentamos a nuestra Madre de la Caridad, no solo por el bien de nuestra Iglesia, sino por el de todo nuestro pueblo, y lo hacemos en este día en que estamos celebrando los 80 años de la proclamación hecha por el Papa Benedicto XV de la Virgen de la Caridad de El Cobre como Patrona de Cuba. Hoy hace también 50 años que mi predecesor, el recordado Cardenal Manuel Arteaga Betancourt, celebró por primera vez la Santa Misa como Cardenal de la Iglesia en esta Basílica.

Los cubanos tenemos aquí en El Cobre, en nuestra Madre de la Caridad, un símbolo del amor que debe unirnos, aquí nos llenamos de un fervor que nos alienta en nuestro caminar. Cargados con nuestras miserias por las necesidades cotidianas y las penas de la vida, nos postramos ante la imagen bendita que desde niños aprendimos a venerar y que nos es tan familiar y le presentamos a María de la Caridad nuestras preocupaciones por los enfermos y ancianos, por nuestros niños y jóvenes, por nuestras familias, por el futuro de nuestra Patria.

Todo se le confía a la Madre, todo cabe en su corazón inmaculado. Así lo han sentido los cubanos, desde tiempos ya remotos hasta nuestros días. Estos han sido, históricamente, los sentimientos de nuestros mayores y de nuestros patriotas.

Para ilustrar esto, dejemos por un momento la palabra a los veteranos de nuestra guerra de Independencia, muchos de ellos oficiales de alto rango, quienes, encabezados por el Mayor General Jesús Rabí, se dirigen al Papa Benedicto XV pidiéndole al Sumo Pontífice que declare a la Virgen de la Caridad Patrona de Cuba. Las razones que ellos aducen, tanto personales como históricas, son las mismas que tenemos nosotros para estar hoy aquí y rendirle veneración a nuestra Madre del cielo:

A S.S. Benedicto XV

Santísimo Padre:

Los que suscriben, hijos de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana a S.S. humildemente exponen:

Que son miembros unos y simpatizadores otros, del Ejército Libertador Cubano, título que constituye el timbre de nuestra mayor gloria, por sintetizarse en él, el supremo bien de la Libertad e Independencia de nuestra Patria; que junto a ese título, ostentamos otro, que es el de pertenecer a la Iglesia Católica Apostólica Romana, en cuyo seno nacimos, al amparo de sus preceptos vivimos y de acuerdo con ellos queremos dejar de existir; y esos dos títulos hacen que hoy, reunidos en la Villa del Cobre, en donde se encuentra el Santuario de la SANTÍSIMA VIRGEN DE LA CARIDAD, y postrados reverentemente ante su altar, acordemos acudir a S.S. para que realice la más hermosa de nuestras esperanzas y la más justa de las aspiraciones del alma cubana, declarando Patrona de nuestra joven República a la Santísima Virgen de la Caridad del Cobre».

«No pudieron ni los azares de la guerra, ni los trabajos para liberar nuestra subsistencia, apagar la fe y el amor que nuestro pueblo católico profesa a esa Virgen Veneranda; y antes al contrario, en el fragor de los combates y en las mayores vicisitudes de la vida, cuando más cercana estaba la muerte o más próxima la desesperación, surgió siempre como luz disipadora de todo peligro, o como rocío consolador para nuestras almas, la visión de esa Virgen cubana por excelencia, cubana por el origen de su secular devoción y cubana porque así la amaron nuestras madres inolvidables, así la bendicen nuestras amantes esposas y así la han proclamado nuestros soldados, orando todos ante Ella para la consecución de la victoria y para la paz de nuestros muertos inolvidados».

Así expresaron su devoción a la Virgen de la Caridad nuestros libertadores. Con ellos vibran también nuestros corazones de cubanos.

Virgen Santísima de la Caridad:

Como los veteranos de nuestra guerra de independencia, nosotros tenemos también dos títulos de gloria: ser cubanos y ser hijos de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana.

Como ellos no podemos ser desagradecidos ni olvidadizos de lo que tú significas en nuestra historia. Te damos gracias por todo lo que, por medio de ti, hemos recibido de tu Hijo, Jesucristo.

Te pedimos perdón como pueblo, porque no hemos hecho todo lo que Jesucristo nos ha enseñado. Perdona las faltas de amor entre cubanos, perdona los odios y rencores entre quienes tienen distintos modos de pensar o de sentir. Perdónanos a los cubanos, dondequiera que nos encontremos, por creernos los mejores, por pensar que tenemos siempre la razón, por sentirnos suficientes. Perdona todo esto que nos hace menos capaces de entendernos como hermanos y de dialogar de igual a igual con otros pueblos.

Llévanos de la mano como Madre hasta tu Hijo Jesucristo, para aprender de Él a ser mansos y humildes de corazón y poder así trabajar por la reconciliación de todos los cubanos, llevar la paz a los corazones dañados por la violencia o el odio, aliviar a los que sufren en su cuerpo o en su espíritu y sembrar esperanza en todos nuestros hermanos.

Concédenos estos dones, Virgen Santísima de la Caridad. Sabemos que, cuando tú suplicas a tu Hijo Divino en favor del pueblo cubano, todo lo puedes, porque tú eres la Madre del Salvador, porque tú eres la Patrona de Cuba.

Amén.